



## HOMENAJE AL GENIO.

Así como el sentimiento de amor patrio levanta el espíritu de los pueblos, por abatidos que estén, por grande que sea la tiranía que los sujete y poderoso el poder que los subyugue, también ante el recuerdo de las imperecederas obras del genio, el corazón humano, rebotando entusiasmo, levanta á toda una nación animada por un solo sentimiento, por una sola idea.

Y al grito unánime de admiración y gloria que un pueblo lanza para honrar, honrándose, al que ilustró su historia, desaparecen las fronteras, los continentes se aproximan, y el mundo entero, olvidándose de sus rivalidades, de sus opuestas religiones, de sus diferencias políticas y de que usan distinto lenguaje, se funden al calor de un solo pensamiento y se comprenden todos, porque sólo el alma habla, y el lenguaje del alma es, como la idea de Dios, comprensible para todos.

Se ha dicho que el talento no es patrimonio de las naciones, y es cierto; el talento es cosmopolita, se extiende por los llanos, sube á las montañas y traspasa los anchurosos límites de los Océanos. Allí donde hay aire hay vida; donde hay un cerebro que piense, allí vive el nombre inmortal del genio.

\*\*\*

¡Calderon de la Barca!

Es el nombre que pronuncian todos los labios y que perciben todos los oídos, desde hace unos meses.

—Es preciso que como españoles seamos los primeros en rendir homenaje al peregrino ingenio del autor de *La Vida es sueño*, —dijo la capital de España,—y ésta respondió al llamamiento noble y llena de entusiasmo y fe, como en los momentos en que ha peligrado nuestra independencia han respondido nuestros hermanos.

Una vez despierto el entusiasmo, todos se asociaron en el común pensamiento, y la familia, la corporación industrial, literaria y científica, el municipio y la diputación, el trabajo y el talento, se aunaron para rendir un tributo de admiración al soldado valeroso, al caballero insigne, al sacerdote digno, al incomparable genio de los genios, al pensador profundo, al galano poeta creador del Segismundo de *La Vida es sueño*, del Pedro Crespo de *El Alcalde de Zalamea*, del D. Juan de Mañanas de *Abril y Mayo*; al autor, en fin, de *La Devoción de la Cruz*.

Y como estas creaciones y estos títulos, unidos al inmortal nombre del que las concibió, fué llevado por el viento de la fama, que todo lo divulga y difunde, á las



frias regiones de los polos y á las zonas cálidas de la tierra, de todas partes respondieron con su admiracion á la nuestra, con su entusiasmo al de nuestro pecho, y con su respeto al que nosotros sentimos por quien nos dijo que en la vida es sueño cuanto forja la loca ambicion de las pasiones humanas.

\*\*\*

Llegó el anunciado día del segundo Centenario. Una muchedumbre inmensa invadió la corte de España, y salió á las calles de la villa deseosa de ver y oír cuanto en tributo de Calderon se hiciese y se dijera.

Las casas se engalanaron con colgaduras, las calles con arcos y guirnalda de flores. Por todas partes se veían el nombre del ilustre dramático y el título de una de sus obras impresos en letras de oro.

Pero en este día del Centenario el júbilo no había de esplayarse á sus anchas: la solemne función religiosa presidida por Su Majestad el rey, en la iglesia parroquial de San José, eran fúnebres y tristes honras por la muerte de aquel espíritu tan grande, que parece sueño pudiese caber en cuerpo humano, siempre pequeño para tanta grandeza.

Aquel acto era la expresión de un pueblo cristiano que pedía al Supremo concediese en su reino la gloria que en nuestro suelo goza Calderon.

Aún recuerdo con júbilo y los ojos empañados por lágrimas de alegría el magnífico cortejo de la procesion escolar.

Los niños de las escuelas, acompañados de sus ilustrados profesores, marchaban tras su bordado estandarte, y llevando orgullosos sus coronas de laurel y oro, retratada la alegría en sus juveniles rostros y al compás de una marcial marcha, llegaban ante la estatua de Calderon, subían las gradas del monumento, descubrían su cabeza y lanzaban al espacio vivas entusiastas.

Aquellos inocentes seres no hubieran podido responder con claridad á cualquier pregunta sobre el acto que ejecutaban; pero tenían su idea, como tiene el niño la idea de Dios, que la comprende aunque no se la explica.

Las niñas con sus blancos vestidos, verdaderos seres de pureza é inocencia, tam-

bien con sus coronas y con igual entusiasmo, parecían guirnalda de azucenas que el viento arrastraba á los pies del poeta madrileño.

La ilustrada juventud que en las aulas recibe la savia que desarrolla en sus cerebros la inteligencia, don el más precioso del alma humana, seguía tras aquéllos, ébria de entusiasmo, loca de alegría, aclamada por la multitud.

El nombre de Calderon era un talisman que los guiaba á la más singular batalla que conquistó la civilización moderna, á la lucha del entusiasmo por las obras del talento, y en aquella lucha, sostenida con vigor por todos, no hubo vencidos; todos triunfaron.

La marcial apostura de la estudiantina española, el lazo fraternal en que iban escolares españoles y extranjeros, era objeto de vivas aclamaciones.

Cerraban aquel lucido cortejo el claustro de Profesores de la Universidad Central, los profesores de provincias y extranjeros, sin faltar los de las carreras especiales.

El corazón se ensancha y el alma se eleva ante el recuerdo de este grandioso acto, animado por general júbilo.

\*\*\*

Faltaba aún algo para satisfacer nuestro amor patrio: el mundo tenía fija en nosotros sus miradas, y era preciso llenar todos los deseos, cumplir cuanto de nuestro sentimiento se exigía.

La cabalgata histórica era esperada con temor y ansia: temor, por si defraudaba las esperanzas de todos; con ansia, por la natural curiosidad.

Imposible es describir á grandes rasgos el grandioso espectáculo que ofrecía la vista de aquel desfile de magníficas carrozas, de bordados estandartes, gloriosos pendones y riquísimas coronas, tan imposible como pintar el asombro de la muchedumbre entusiasmada.

Heraldos, caballeros en briosos corceles abrían la marcha, ostentando riquísimos trajes del siglo XVII; seguían las carrozas, todas ellas magníficas, cuya construcción se debe al industrial, al obrero, á corporaciones particulares, al ejército, á la marina, á la prensa; todos rivalizaron, todos



contribuyeron al esplendor de la fiesta.

El ayuntamiento de la más humilde aldea allí estaba representado, como las más notables corporaciones de provincias y los más ilustrados centros de instrucción. El ejército que en la guerra conquista el laurel de la victoria y consigue con la fuerza el ramo de oliva, consiguió el mayor triunfo de que puede envanecerse.

Sus soldados eran aclamados con frenesí, su carroza, grandiosa obra de arte, hizo estallar en gritos y vivas al público que presenciaba el desfile.

Un espectáculo el más grato para nosotros, tan grato como nos ha sido el tributo rendido á Calderon, hirió en lo más vivo nuestra alma.

En la calle de Alcalá, estaba colocada la tribuna de la prensa extranjera.

Esta no cesó de aplaudir todo cuanto veía, y al pasar por frente á su tribuna la prensa española, lanzó ramos de flores y prorumpió en entusiastas vivas á España, que eran por todos respondidos y devueltos galantemente á las naciones que aquéllos representaban.

\*\*\*

Cesaron los festejos: Madrid volvió á ser

lo que era ántes; las comisiones todas, los forasteros y los extranjeros regresaron á sus localidades respectivas.

Las fiestas fueron magníficas y espléndidas, dignas del genio á quien se hacían y de los huéspedes que nos honraron. España puede estar orgullosa; pero de las fiestas no queda más que un recuerdo vago que se desvanecerá pronto.

Eran pompas, y las pompas humanas se acaban.

Lo que quedará eternamente entre nosotros será el nombre de Calderon, que vivirá en sus obras.

Ayer, Calderon era un genio que dormía envuelto en las nubes del olvido; hoy, que sopló el viento de su fama disipando del cielo de su gloria aquellas nubes, brilla refulgente como brilla el sol en el espacio.

¡Gloria á España que realizó su empeño!  
¡Gloria á los extranjeros que á nuestro suelo vinieron á honrarnos y honrar nuestra gloria en Calderon!

¡Gloria al siglo que inmortalizaron Lope, Cervantes, Moreto, Tirso, Rojas y Alarcon!  
¡Gloria eterna al ilustre Calderon, digno contemporáneo de aquéllos!

S. OLMEDO Y ESTRADA.

## AVES Y ORUGAS.

Junto á un pueblo cuyo nombre  
Mi memoria no retiene,  
Porque perdonar conviene  
Yerros que comete el hombre,  
Hubo un bosque seductor,  
Y en él, del sol á cubierto,  
Las aves grato concierto  
Entonaban al Creador.  
Bosque de tan gran riqueza,  
Que por gala parecía  
Que tales obras hacia  
La madre naturaleza;  
Y siempre daba en tributos  
Del pueblo á los moradores,  
En la primavera flores,  
Y en otoño dulces frutos.  
Chicos, para él mal nacidos,  
A las aves declararon  
Guerra incesante, y talaron  
Del bosque todos los nidos.  
Cesó entonces el rumor,

Y, de pájaros desierto,  
Ya no se escuchó el concierto  
En el bosque encantador;  
Y al llegar la primavera,  
Vistió al prado de follaje,  
Mas halló triste el paisaje,  
Silenciosa la pradera.  
Libre de persecucion  
Del ave, siempre afanosa,  
Hubo en la oruga dañosa  
Tan gran multiplicacion,  
Que en aquellos campos mudos  
Las orugas dominaron,  
Y sin flores los dejaron  
Y los árboles desnudos.

—  
Donde el pájaro se fuga  
Porque su bien se extermina,  
Sólo se extiende y domina  
La devastadora oruga.

M. OSSORIO Y BERNARD.



## BOTÁNICA.



OLIVO.

El olivo (*Olea* de Linneo) es un árbol de no gran elevacion y tronco regular, aunque á veces llega á tener mucho diámetro; sus ramas siguen direcciones distintas y sus hojas son de figura de corazon y de color verde algo blanquecino. Las regiones de España donde el cultivo del olivo se halla más generalizado por favorecerlo el clima que en ellas se disfruta, son Andalucía, Extremadura, Valencia y algunas localidades de Cataluña, Aragon y otras. Existen doce variedades de olivos, que son: el Picado, el Acebuche, el Negro de Andújar, el Manzanillo, el Sevillano, el de Arola, el de Cornezuelo, el Morcal, el Picholin, el Tachuna, y por último el Real. Cada una de estas variedades ofrece un fruto distinto, so-

bre todo en la forma, prefiriéndose unas aceitunas á otras, segun la aplicacion que se las haya de dar: las más apreciadas para la mesa, son las sevillanas, de manzanilla y negras; pero sobre todo las sevillanas.

De la aceituna no se hacen todas las aplicaciones que podrian hacerse, pues sólo se aprovecha este fruto en las mesas y en la obtencion del aceite, siendo así que pudieran emplearse, sobre todo aquí que tantas se inutilizan por carecer de buenas condiciones, en librar á los árboles, arbustos y aún plantas herbáceas de muchas enfermedades, causadas por insectos ó por exceso de humedad.

L. A. A.





## JUAN Y EUGENIO.

¶ Hijos Juan y Eugenio de un labrador honrado, tuvieron desde sus primeros años los mismos ejemplos de virtud, la misma enseñanza y el mismo cariño; pero la índole de ámbos era tan diferente, que todo cuanto en Juan contribuía á hacerle apreciable, en Eugenio ejercía tan funesto influjo, que le ocasionaba enemistades y rencores. Las lecciones del cura habian hecho á Juan piadoso católico y á Eugenio descreído é irreligioso: la enseñanza de la escuela habia ilustrado á los dos hermanos; pero Juan aplicaba sus conocimientos á mejorar la situacion de la familia, y Eugenio á intentar diabluras que le daban en el pueblo triste notoriedad.

Muerto el padre de ambos cuando Juan y Eugenio entraban en la adolescencia, el último gravó su hacienda con deudas, mientras que el primero se consagró á fomentar la suya, que, muy reducida en un principio, fué mejorando insensiblemente. De aquí que Juan fuera respetado por todos sus convecinos, mientras que á Eugenio le negaban el saludo, viéndole constantemente en la taberna ó entregado al juego.

Marchando ambos hermanos por tan opuestos caminos, no era dudoso pronosticar el fin diverso que habian de tener.

De la noche á la mañana Eugenio desapareció del pueblo, dejando en él los más tristes recuerdos; pasado algun tiempo, la voz pública le señaló como autor de algunos robos cometidos en las cercanias; más tarde se supo que un labrador del contorno habia aparecido asesinado en su propia casa: la Guardia civil siguió la pista al delincuente, y no pasaron muchos dias sin que diera con él: era Eugenio.

Figúrense nuestros lectores el doloroso espanto de Juan cuando, al ser llamado por un preso de la cárcel pública, encontró en ella, sujeto con el infamante grillete, á su hermano.

El mal instinto de Eugenio, su desaplicacion y sus vicios le habian llevado hasta el crimen; pero nadie le compadecia: todos, en cambio, lamentaban por Juan lo sucedido y le saludaban con respeto.

La tia Brigida, resumiendo la opinion pública y encontrando un momento oportuno para la murmuracion, que era su comidilla, decia al tiempo de entrar en la iglesia:

—¡Siempre dije que habia de parar en un presidio! ¡Jesús! ¡Si levantara su padre la cabeza!...

X.



## TRES FORTUNAS.

### I.

Allá en las calurosas regiones del África, donde los rayos del sol tuestan el arenoso suelo que se extiende ante la vista sin que ningún arbusto rompa la monotonía del árido paisaje, hay á la márgen de un arroyuelo una mezquita blanca como el armiño, que parece que se está bañando en las aguas cristalinas que lamen sus muros.

En ella habita un santón de largos bigotes y poblada barba, que consume su vida recitando los sagrados versículos del Koran y comiendo los sabrosos dátiles de que los creyentes le proveen.

Pocos, de entre los de su clase, gozan de la reputación que el sabio santón posee, y de ningunos labios mahometanos oye el Profeta con más deleite las súplicas que las que el santón le dirige.

Por eso su vivienda siempre se halla invadida por los hijos de Alá, que de remotas regiones llegan á dirigir á Dios sus preces por medio del santo habitante de la solitaria ermita.

La brisa cálida del desierto dormía tranquilamente en una noche de verano.

Las estrellas brillaban en el ancho dosel del mundo.

La luna sonreía á la tierra.

El santón pronunciaba las postreras oraciones cuando á la puerta de su casa resonaron dos golpes, que le distrajerón en su devoción.

—¡Adelante, hermano! —exclamó con voz cariñosa.

Ante su vista se presentó un anciano de respetable aspecto.

Tenía el turbante en la mano y la vista clavada en el suelo.

Su actitud mostraba sumisión extremada.

—Guiado por la fama, —dijo el recién llegado al santón; —guiado por la fama de vuestras virtudes y sabiduría, he venido á molestaros en vuestras meditaciones. Disimulad, señor, á este pobre viejo que de vuestros consuelos necesita.

—Hablád, hermano, y no repareis en contarme vuestras penas, que en mis oraciones no os olvidaré y Alá os atenderá y mitigará vuestros pesares.

—Tenía yo, señor, tres hijos á quienes quería con toda mi alma; los escasos bienes que la fortuna me depará fueron invertidos en la esmerada educación que procuré darles.

Y de ésta no estoy descontento.

La fé del Profeta está grabada en su corazón. Sus brazos son fuertes para defenderla, y las ideas de su



mente creo que ningun mal causarán á los hombres.

Pero al par que mi ancianidad se acentuaba y sus cuerpos se fortalecían, nuestra fortuna iba extinguiéndose de una manera perentoria.

Pronto mis graneros mostraban su fondo y nuestra miseria.

El mayor de ellos, un dia me dijo:

—Padre mio, vos habeis cumplido con los deberes que la religion y la conciencia señalan á los buenos padres; permitidme que yo cumpla con los que nuestra ley nos indica para vos.

Aquel mismo dia me dió un abrazo y se fué á buscar fortuna.

Nuestras lágrimas enternecieron á sus hermanos.

Aun la luna no nos habia presentado toda su faz cuando el mediano se alejaba de mí.

El pequeño le siguió al poco tiempo.

Mi desventura fué grande, y grande tambien mi esperanza.

Pero el tiempo corria, y ésta iba extinguiéndose en mi pecho, dejando su lugar á aquélla.

Cansado de esperar, vengo á vos, señor, para dirigir á Alá mis preces.

Confio en que oirá vuestras voces. Guardó el santón profundo silencio.

Despues de un rato, exclamó:

—Seguidme, hermano, y veremos lo que de vuestros hijos es.

Y salieron de la mezquita y se sentaron á la márgen del arroyo.

—¿Veis aquella polvareda que en el camino se levanta?—preguntó el santón al anciano señalando con su diestra la línea de camino.—Pues por allí vienen vuestros hijos. Esperemos.

Los dos ancianos elevaban al cielo sus oraciones.

## II.

—Yo, padre, traigo á vuestros piés inmensos tesoros. Ni piedras preciosas me faltan para adornar vuestro cuerpo ni dinero para colmaros de comodidades,—dijo el mayor á su padre mostrándole las riquezas.

Ni fatigas ni trabajos me ha costado adquirir lo que poseo,—añadió.—Al ausentarme de vuestro lado, me dirigí por un camino lleno de asperezas; debí apartarme de él siguiendo los consejos de los que me querian; pero mi voluntad no conoció reparos, y á poco que por él anduve me encontré con un barranco.

Su fondo era inmundó y negro; pero detras de sus impuras aguas se traslucian muchos talegos de oro.

(Se concluirá.)

PEDRO GROIZARD.



## ARTES INDUSTRIALES.



Plato de laton del siglo xv, perteneciente á la coleccion Saura, de Barcelona, obra de gran mérito y de la mayor utilidad para el estudio de las artes industriales en nuestro país.





## GALERÍA DE DESGRACIADOS.

XXV.

## Un pobre millonario.

Si entre harapos miserables  
La desventura se esconde,  
Bajo espléndida riqueza  
Fructifican los dolores.

.....  
Hay un pobre millonario  
Que reniega de su nombre  
Porque la inquieta fortuna  
Le abrumba con sus favores.  
Tiene palacios, jardines,  
Museos, criados, coches,  
En billetes muchas resmas,  
En oro muchos millones...  
¡Qué feliz!—dicen las gentes;—  
Pero los que le conocen  
Saben que es el individuo  
Más desgraciado del orbe.  
Febril ve correr los días,  
En vela pasa las noches...  
Y más que dueño, parece

Esclavo de sus doblones.  
No debe ni un solo céntimo,  
Pero tiene cien deudores,  
Y con disgustos y pleitos  
Nunca falta quien le acosa.  
De español neto presume,  
Y sus amigos mejores  
Le señalan como *inglés*  
Por más que ha nacido en Móstoles.  
Es ruin si no da dinero;  
Si es pródigo en dar, se expone  
A emparentar de repente  
Con todos los españoles.  
Pero en alivio á sus penas,  
Le dan disgustos atroces  
Las *irregularidades*  
De sus administradores.  
Gasta un dineral en paja,  
Los cocheros se la comen;  
Andan los caballos tísicos,  
Mas no falta quien engorde.  
Recela de todo el mundo;  
Huyendo de que le roben,  
Se encierra en casa y convierte



Sus palacios en prisiones.

.....  
Allí en el salon dorado,  
Entre tapices y flores,  
Ocúltase el millonario  
Como la fiera en el bosque.  
Ferradas puertas le guardan  
Provistas de fuertes goznes,  
Barras, pestillos, aldabas  
Y gruesos cerrojos dobles.  
El menor ruido le asusta,  
Palidece al menor golpe,  
Ve en un espejo su sombra  
Y al punto grita: ¡Ladrones!

.....  
Sin amigos, sin ventura,  
Sin sosiego, sin amores,  
Del egoismo le cerca  
La interesada cohorte.  
La molicie le quebranta,  
El oro le sobrecoge,  
En los placeres que compra

No encuentra el ansiado goce,  
Y, al morir, verá angustiado  
Por horribles aflicciones  
Su lecho, cercado sólo  
De lacayos y doctores...  
Le espera un entierro espléndido...  
Sin lágrimas ni oraciones,  
De esas que salen del alma  
Y los ángeles recogen.  
¡Vida triste y desgraciada  
La del rico que pospone,  
Al ceno vil de la tierra,  
Otros celestiales dones!  
Las deleznales riquezas  
Del mundo son peso enorme  
Que, agobiando la conciencia,  
Logran que el alma se ahogue.  
Aquí el rico es poderoso;  
En las eternas regiones  
Suele ser el millonario  
El más desgraciado pobre.

J. DEL CASTILLO Y SORIANO.

## LA CARIDAD RECOMPENSADA.

Durante la primera guerra civil, que tanta sangre y tantas lágrimas costó á España, acabábase de dar una accion cerca de Azpeitia, y á dos leguas de una modesta casita de campo situada fuera de dicho partido, en la cual habitaba una señora en compañía de su hijo Abelardo, niño de diez años á lo más, y dos ancianos criados.

Estas cuatro personas habian estado por espacio de dos horas con el corazon oprimido, á causa de haber estado oyendo un horroroso fuego y de hallarse mezclado en el combate el jefe de dicha familia.

Por fin las detonaciones empezaron á disminuir; de cinco en cin-

co minutos sonaba una prolongada descarga de fusilería, á la que sólo contestaba algun disparo que otro.

Un cuarto de hora se estuvo escuchando esta batida en retirada, al cabo de cuyo tiempo cesó todo ruido, quedando un silencio de muerte, cien veces más aterrador que los disparos anteriores.

Cuando todo quedó en calma, Abelardo, dirigiéndose á su madre, la dijo:

—Mamá, ¿me permites bajar al jardin á ver si viene papá? Ya sabes que te dijo que en cuanto concluyese el combate vendria á abrazarnos.

—Espera un rato, no sea que



anden todavía por aquí las tropas enemigas.

Abelardo, que como todo buen hijo respetaba y obedecía á su madre, esperó que le dieran el permiso para ir al jardín; mas viendo que su mamá, entregada á sus propios pensamientos, se habia olvidado de él, volvió á repetirla su petición.

—Anda, —le contestó ésta; —pero no bajes solo, que te acompañe un criado.

Hízolo así el niño, y ambos fueron á ver si llegaba el que tanto querian en aquella casa.

Al mismo tiempo que Abelardo iba á esperar á su querido papá, un jefe del derrotado ejército carlista marchaba con inseguro paso y profundamente abatido hácia la casita de nuestro niño.

Este, en el momento que le vió, y ántes que su criado pudiera evitarlo, echó á correr, abrió la verja del jardín y salió gritando: «¡Papá! ¡papá!»

El coronel, al oír aquellas voces, salió de su meditación, y viendo que se dirigian hácia él dos personas, quiso huir, creyendo que aquellos seres intentaban perderle; pero á los pocos pasos, su cuerpo, debilitado por la mucha sangre que brotaba de una ancha herida que tenía en el pecho, tambaleo, le pasó una nube por los ojos, abrió los brazos y cayó al suelo sin sentido; en esto llegó junto á él Abelardo, y viendo

que no era la persona que él creia, dirigiéndose á su criado, le dijo:

—¡Pues no es papá!

—Ya te lo dije, —respondió el criado; —y no sólo no es tu papá, sino que es uno de sus enemigos; por lo tanto, lo mejor que podemos hacer es retirarnos.

—No, eso no; ¿no ves que está herido?

—¿Y eso qué importa?

—Juan, no tengas mal corazón. Mira, yo he oído decir muchas veces al señor cura y á mi maestro que debemos hacer obras de caridad y querer á nuestros prójimos sin mirar si son amigos ó enemigos, y que si hacemos esto, Dios nos recompensará. Por lo tanto, déjate de rencores y vamos á hacer lo que podamos por este infeliz.

Cuando acabó de hablar el niño, el herido volvió de su desmayo, y al ver junto á sí á aquellas dos personas, dijo con voz débil:

—No me entreguéis á mis enemigos; si no quereis socorrerme, no hacedme más daño. A lo ménos, dejadme morir en libertad.

—Descuide usted, —le contestó Abelardo; —nosotros no le queremos mal. Por lo tanto, ánimo, pruebe á levantarse, y á ver si llevándole entre nosotros dos, y ayudándose usted un poquito, podemos llegar á mi casita.

Dió las gracias el herido con una elocuente mirada, y obedeciendo al



niño, pudo llegar, ayudado por sus bienhechores y á costa de grandes trabajos, al sitio que le indicaban.

Salió la madre de Abelardo á ver quien era aquel herido, y despues de enterarse de todo lo que habia pasado, besó á su hijo, alabándole por sus buenos sentimientos; reprendió á Juan por haber querido dejar sin auxilio á aquel hombre; mandó llevaran al herido á un pequeño dormitorio y que le acostasen inmediatamente.

Llegó el esposo, y habiéndose enterado de lo sucedido, dispuso se cuidara lo mejor posible al enfermo.

Hízose así: Abelardo particularmente se separaba muy poco del cuarto del herido, cuidando de que todo estuviese á punto para que éste no tuviera que esperar; por fin, y al cabo de haber estado el coronel luchando por espacio de un mes entre la vida y la muerte, pudo volver á salir, y no sin lágrimas en los ojos y jurando no sacar la espada y auxiliar en todo lo posible á sus bienhechores, salió de aquella casa para incorporarse á su ejército.

Concluyó la guerra; pasaron cuatro años, y cuando nuestro Abelardo contaba 14 ó 15, quedó huérfano y sin amparo en el mundo.

Pero no; le quedaba Dios.

Abelardo habia sido bueno, habia hecho todas las obras de caridad que habia podido, y Dios no le iba

á dejar abandonado en tan crítico momento.

Cuando nuestro niño se creia sin pan, sin casa, pues sus padres habian muerto muy pobres, y solo en el mundo, se le presentó un anciano que, mirándole tiernamente, le habló de esta manera:

—Abelardo, tú ya no te acuerdas de mí; pero Dios, que vela por los buenos, ha hecho que fije yo los ojos en el periódico que anunciaba la muerte de tus buenos padres: me acordé de tí; me acordé tambien que tenia una deuda de gratitud contraida contigo, y vengo á pagártela.

No me agradezcas, Abelardo, esto que ahora hago, pues no es más que un deber: tú me favoreciste cuando me hallaba solo y herido; ahora has quedado pobre y sin padres: pues bien, yo te hago mi hijo... ¡Ven á mis brazos!

Abelardo se arrojó llorando en los brazos del viejo coronel, y con voz entrecortada dijo:

—Señor, mis padres le bendecirán desde el cielo, y yo seré un buen hijo, sumiso, obediente, y estaré dispuesto á hacer cualquier sacrificio por el que tanto bien me hace.

Cuando murió el buen militar, Abelardo, que ya era todo un alférez de infantería, quedó dueño de los bienes que aquél poseía.

Queridos niños: imitad á Abe-



lardo; sed caritativos, y vereiscómo sois recompensados; ved que, al hacer una obra de caridad, la herida que curais, el pan que dais, el consuelo que proporcioneis á un desgraciado, no es á éste, no es al herido ni al necesitado al que aliviais en sus penas; es á Dios.

Él mismo os lo ha dicho: «Venid, venid, benditos de mi Padre; porque me arropásteis cuando tuve frio, porque me disteis de comer cuando tuve hambre y de beber cuando tuve sed, entrad en el reino de los cielos.»

LIVINIO STUYCK.

## NUEVAS ESCUELAS.

Las fiestas del Centenario han pasado; su recuerdo, no obstante, vive y vivirá eternamente.

Pero entre todas las solemnidades realizadas por corporaciones y academias; entre las fiestas públicas que en otro lugar reseñamos; entre los festejos de todas clases tributados á la memoria del gran dramático del siglo xvii, la solemnidad más oscura y modesta es y será la de carácter más beneficioso y permanente: me refiero á la fundacion de las nuevas escuelas con que la testamentaria del ilustre patricio D. Lucas Aguirre va á dotar á Madrid, en las afueras de la Puerta de Alcalá, en el corazon de las grandes barriadas del porvenir, en el camino que conduce á la Plaza de Toros, para que los admiradores de la sangrienta fiesta nacional puedan ver en los muros de las escuelas una protesta y una leccion; para que los extranjeros que nos suelen acusar por dicha fiesta, y que no obstante suelen frecuentarla, vean en su camino que hay en España partidarios de la instruccion pública que saben legar su fortuna á fundaciones nobles y grandes.

La inauguracion de las obras se verificó el día 22 del pasado Mayo, comenzando la ceremonia con la bendicion del terreno por el presbítero Sr. Llaguno. A continuacion procedióse á firmar el acta por el orden siguiente: los testamentarios del señor Aguirre, Sres. Galdo, Pereda (D. Patricio), Díez, Bustamante, Isla (D. Feliciano), Ondovilla y Valle (D. Feliciano); el alcalde de Madrid, Sr. Abascal; los concejales Sres. Eguiluz, Lara, Gomez (D. Justo)

y conde de Vilana; el rector de la Universidad, el director del Instituto del Cardinal Cisneros, el presbítero Sr. Llaguno, el consejero de Instruccion pública D. Eduardo Palou, el secretario del Ayuntamiento, el arquitecto Sr. Rodriguez Ayuso, el del Municipio, numerosos representantes de la prensa periódica, entre los que figuraba el director de LA NIÑEZ, y muchos particulares; dicho documento fué autorizado por el notario D. Leon Muñoz.

Debajo de la piedra primera colocóse, segun costumbre, una caja de plomo, conteniendo un ejemplar del acta, otro de la *Gala oficial* y del plano de Madrid, periódicos del día y monedas de varias clases, poniéndose las primeras paletadas de argamasa por los Sres. Abascal y Galdo. Este último, en nombre de la testamentaria, pronunció despues elocuentes frases, explicando el objeto de aquel acto, en que se cumplia la voluntad del Sr. Aguirre, laborioso comerciante que dejó su cuantiosa fortuna para ser empleada en la instruccion de los pobres, estableciendo escuelas en esta corte, en el Valle de Mena y en Cuenca.

El Sr. Abascal, en nombre del pueblo de Madrid, expresó su agradecimiento á los testamentarios por haber cumplido la voluntad del Sr. Aguirre construyendo un edificio de tanta importancia, y que será ciertamente lo que en todos tiempos recuerde las fiestas celebradas en honor de Calderon.

El Sr. Galdo leyó despues un soneto dedicado á la memoria de D. Lucas Aguirre



por Doña Constanza Vereá, viuda de un escritor socorrido por la testamentaria, con lo que se dió por terminado el acto, al cual asistió una concurrencia numerosa á pesar del mal tiempo.

¡Quién sabe los resultados que guarda en sus arcanos el porvenir para las nuevas escuelas! ¡Quién sabe si de ellas saldrán genios ilustres que honren á la patria y

que acaso vivirían sumidos en la ignorancia sin la piadosa fundacion!

Mi enhorabuena entusiasta é incondicional á la testamentaria, y muy especialmente á mi excelente amigo D. Manuel María José de Galdó, cuyo nombre está llamado á aparecer unido siempre á toda empresa digna, elevada y patriótica.

O. y B.

## LA ARAÑA DEL CALABOZO (1)

Cuando las ideas protectoras de los animales se concretan en uno de ellos para acentuar más su objeto filantrópico, suele presentarse como ejemplo el caballo, el cordero, el perro ú otro animal, notable por sus servicios útiles ó por sus condiciones simpáticas, porque así se excita más el interés. Hay en este proceder un buen fin, pero hay también cierto estrecho círculo de acción.

Todos los animales son, en su origen, obra del Creador; por él nacieron, viven y mueren. En todos hay vida, sensibilidad é instintos que les sirven de guía: todos tienen en la espléndida obra de la creación su sitio y sus funciones determinadas. Podrán éstas ser á veces desconocidas para la pequeñez de nuestro entendimiento; pero es indudable que existen, porque nada de lo creado carece de útil objeto.

La protección, pues, debe manifestarse con una tendencia generalizadora y extenderse á todo animal grande ó chico, bonito ó aparentemente repugnante, porque todos

tienen derecho á la benevolencia del hombre, y ninguno merece su crueldad, mientras no lo exija su defensa ó su precisa alimentación.

Además, no hay animal por inútil ó mezquino que parezca, que en determinadas situaciones no pueda servirnos de auxilio ó de placer. En prueba de ello, y extremando esta misma prueba, fijémonos en el animalaje, quizás más repugnante y asqueroso: en la araña.

—¡Una araña!—¡Sociedad protectora de arañas!... exclamará con sardónica sonrisa algun malicioso lector.

No es eso; protectora de animales bajo un punto de vista general la araña, como el hermoso perrillo faldero ó el gallardo caballo andaluz, tiene las condiciones de especie, que ántes hemos indicado, y siendo en sí misma, en su mecanismo y en sus funciones vitales, un prodigio superior á todas las obras del hombre, forma parte de la magnífica obra de la creación. Además, esa araña fea que asusta á los niños y que inspira repulsión á los que no lo son, ha sido alguna vez compañía grata del hombre. Oígalo quien lo dude. Es histórico.

(1) Del bello libro de propaganda que se reparte en la Exposición de animales y plantas.



A fines del siglo último, en las cárceles de Spielberg y en uno de sus más oscuros y hediondos calabozos, había un preso tratado con todo el rigor de la época. Se llamaba Oppelt; era un anciano enfermizo y llevaba tres años de encierro.

Había vivido ántes en la sociedad más bulliciosa, y uno de sus mayores tormentos en la vida de preso era la incomunicación completa, que convertía su calabozo en una especie de sepulcro.

Un día, ese aislamiento, unido á su inacción forzada, á la amargura de sus pensamientos y á la desesperación del porvenir, tenía su espíritu tan perturbado y sus nervios en una tensión tan violenta que llegó á ser en él muy posible y fácil la locura ó el suicidio. Su vista vagaba de un modo estúpido por las mugrientas paredes de la prisión cuando de repente divisó en ellas un diminuto objeto que corría. Todo movimiento era un gran suceso en aquella inmovilidad aterradora. Acercóse al objeto y vió que era una araña, que sin duda había penetrado por la ventana y hecho su albergue en alguna endidura de aquellos groseros muros.

El infeliz Oppelt contempló con cierto extraño placer aquel improvisado compañero de su prisión, que corría buscando quizás la caza de algún mosquito, y que luego se retiró á su nido. Al día y á los días

siguientes se repitió la correría.

Grata impresión causaba al pobre preso; ya no se creía solo; sus agitaciones se fueron calmando entretenido en esta pequeña distracción; pero no se limitaba á ese solo efecto. A fuerza de contemplar la araña, el espíritu de Oppelt se fué entregando á reflexiones útiles y profundas. Pensó que aquel insecto tan feo exteriormente, encerraba en su interior un prodigio. En su reducido cuerpecillo había ojos que veían, músculos que facilitaban los movimientos, estómago que digería, pulmones que aspiraban el aire vital, y un instinto que presidía á la marcha de todo este microscópico y portentoso organismo.

Tales ideas le condujeron á otras más sublimes. Buscó el artífice de aquella maravilla; su razón le dijo que no podía ser más que esa Omnipotencia divina, que tan olvidada tenía. Se despertó su fé, con ella renació su esperanza, y un bálsamo de consuelo fué inundado su corazón, ántes descreído y lacerado.

¡Y todo por haber mirado un insecto con ojos de ternura compasiva!

Si Oppelt viviera hoy sería ciertamente socio de la protectora de los animales, porque en los días de su infortunio halló consuelo en la simple contemplación del más insignificante de ellos.

ANTONIO GUEROLA

## ACTUALIDADES.

El público madrileño ha tenido ocasión de aplaudir al decano de los actores, Don José Valero, en el teatro Español, repre-

sentando la comedia de Calderón, *El Alcalde de Zalamea*. Los aplausos consagrados á dicho actor confirman el justo



crédito de que goza en la escena española.

\*\*\*

La compañía lírico dramática que actuaba en el teatro de Apolo se ha trasladado al de la Zarzuela, donde continuará actuando todo el verano. En el teatro vacante, y bajo la dirección de D. Manuel Catalina, ha empezado sus trabajos una compañía en la que figuran las actrices Doña María Álvarez Tubau y Doña Balbina Valverde.

\*\*\*

No tenemos espacio para dar cuenta en este número de la brillante exposición abierta en el Parterre, por la Sociedad madrileña protectora de los animales y las plantas; en nuestro próximo número lo haremos con la preferencia y detenimiento que merece.

\*\*\*

Se trata, á fin de perpetuar el recuerdo del Centenario, de crear un asilo para escritores ancianos y desvalidos. La idea es

laudable, y celebraremos sea llevada á debido término.

\*\*\*

Sigue llevando numerosa concurrencia al teatro Martin la preciosa comedia de magia titulada *La Leyenda del Diablo*, en la que tanto se distinguen los actores que en ella toman parte.

\*\*\*

Nuestro laborioso colaborador D. Santiago Olmedo, admirador del insigne dramático cuyo Centenario acaba de celebrarse, ha publicado el drama del mismo *La Hija del Aire*, precedido de algunas consideraciones críticas muy atinadas.

\*\*\*

Acaba de ponerse á la venta, en un volumen primorosamente impreso, una notable colección de cuentos para niños, de nuestro amigo y colaborador D. Pedro Groizard. En el próximo número hablaremos con más extensión de esta obrita, cuyos pedidos pueden hacerse desde luego á la redacción de *LA NIÑEZ*, acompañando su importe, que asciende solo á 4 rs.



Perico es el muchacho más travieso  
Que hay en la corte, y que la vida pasa  
Casi siempre en la plaza del Progreso,  
Casi nunca en su casa.  
Probando su diablura,  
Voy á contaros su última aventura.  
Entra en la habitación de unas vecinas,  
Aprovechando de su ausencia un rato,

Coge unas disciplinas  
Y da una tunda á un inocente gato.  
El gato, enfurecido  
Por acción tan traidora y tan extraña,  
Con los bigotes crespos, da un bufido  
Y á Periquillo con furor araña.  
Enseña la experiencia  
Que en el pecado va la penitencia.